

carlos villagrán d.

los problemas de la ideología y la ciencia de la comunicación

La era tecnocrática y el apocalipsis de las ideologías

Cuando a mediados de la década de los cincuenta Raymond Aron levantó la bandera del “fin de las ideologías”, una corriente de aprobación recorrió casi la totalidad del pensamiento no marxista. Las intenciones de Aron fueron claras desde el primer momento; se trataba de oponer decidida y sistemáticamente una barrera al avance del marxismo. Aron se preocupaba por la situación de la **intelligentsia** occidental, que adoptaba actitudes despiadadas para con las democracias capitalistas, sintiéndose cada vez más atraída por el pensamiento de Marx. También hacía notar que

superado en el plano de la ciencia, más actual que nunca en el plano de las ideologías, el marxismo, tal como se lo interpreta en la actualidad en Francia, aparece antes que cualquier interpretación de la historia.¹

Aron se sentía agredido por esa actualidad del marxismo, cuestión por lo demás bastante normal en un pensador que ha hecho gala de anticomunismo durante toda su obra. Se trataba, entonces, de combatir al marxismo en el plano en que se generaba la seducción de los intelectuales occidentales: la ideología.

¹ Raymond Aron, **El opio de los intelectuales**, Buenos Aires, Argentina, Ediciones Leviatán, 1957. p. 10.

Si bien las preocupaciones de Aron tenían base real, ya que en gran parte de las universidades francesas existía un interés cada vez mayor por conocer el pensamiento de Marx, la idea de iniciar el combate contra las ideologías atrajo a toda esa parte de la intelectualidad que quería quebrar sus lanzas contra las tesis de Marx.

La idea de “desideologizar al mundo” fue lanzada oficialmente en el Congreso por la Libertad de la Cultura, realizado en Milán en el año 1955, y las repercusiones no se hicieron esperar. A finales del mismo año Edward Shills publicó un artículo titulado “El Fin de las Ideologías”, en el que declaró: “Si la humanidad quiere cultivar su jardín y mejorarlo, debe liberarse de las visiones obsesionales, del hostigamiento por parte de ideólogos y fanáticos.”² Los teóricos del fin de las ideologías tomaban en cuenta –a su juicio– hechos históricos de objetividad indiscutible: por un lado, afirmaban era un hecho el retroceso que experimentaban en Europa las ideologías totalitarias del fascismo y del comunismo; por otro, estimaban era notorio el convencimiento explícito de muchos intelectuales de Occidente, en el sentido de que tales proyectos ideológicos no fuesen del todo posibles ni deseables.

La primera piedra había sido lanzada, ahora se trataba simplemente de dotar a la nueva teoría de bases sólidas y científicas. Una teoría destinada a desideologizar el mundo no podía pecar, a juicio de sus creadores, de “contaminaciones ideológicas”. Se trataba, entonces, de recoger los aportes científicos que fueran capaces de dar consistencia a la idea inicial; y los aportes no tardaron en llegar desde los más variados campos de la ciencia.

Sin embargo a pesar de la complacencia que genera la nueva teoría y a las abundantes colaboraciones provenientes desde todos los ángulos (Martin Seymour Lipset, Daniel Bell, Edward Shills, John Galbraith, Talcott Parsons, Herbert Tingsten, Otto Brumer, D. Wrong, L. Feuer, etcétera), el camino de la nueva teoría no está desprovisto de obstáculos. El propio Edward Shills reconocerá más tarde que:

La potencialidad para la ideología parece ser una faceta permanente de la constitución humana. En situaciones de crisis, cuando las instituciones centrales y la cultura con que se asocian parecen incapaces de encontrar su justo campo de acción, se intensifican las tendencias ideológicas.³

² Edward Shills, “The End of Ideology?”, *Ecounter*, núm. 5, november, 1955, p. 52.

³ Edward Shills, *Los intelectuales y el poder*, México, Ediciones Tres Tiempos, DIMELISA, 1976, p. 57.

Y más adelante agrega: "Mientras las crisis aflijan a las sociedades humanas, y mientras el hombre necesite del contacto directo con lo sagrado, las ideologías volverán a aparecer."⁴

Esta constatación, hecha por los teóricos del fin de las ideologías, les obligará a distinguir entre sociedades afligidas por las crisis y sociedades libres de las mismas, cuestión que no deja de ser audaz en épocas en las cuales el imperialismo se encuentra precisamente tratando de conjurar el nuevo periodo de crisis que se inicia después de la Segunda Guerra Mundial.

Para aquellas sociedades que han dejado atrás la difícil etapa de la industrialización, va a ser necesario un nuevo método de comprensión y sistematización de la historia. La división de la historia en etapa antigua, medieval, moderna y contemporánea será considerada obsoleta, para qué decir del método de comprensión de la historia propuesto por Marx, con base a la sucesión discontinua de diferentes modos de producción. Lo importante ahora va a ser la tecnología y sus influencias. Según la nueva teoría, la historia debería contemplar los siguientes periodos: 1. Sociedad pre-industrial; 2. Sociedad en proceso de industrialización; 3. Sociedad industrial; 4. Sociedad industrial avanzada; 5. Sociedad pos-industrial.

Aquellas sociedades que se encuentran aún en la etapa preindustrial no habrían sido capaces de solucionar sus necesidades mínimas, afirman con zagacidad los teóricos de la "desideologización". Esta situación produce, en su interior, agudos conflictos de clase, conmociones sociales, revoluciones; en otras palabras, crisis. Estas sociedades son terreno fértil para la lucha de clases (cuestión por lo demás temible), los intereses adoptan formas antagónicas y enconadas y todo aquello conduce invariablemente a la búsqueda de ideologías, de concepciones del mundo que se caracterizan —a opinión de nuestros teóricos— por un carácter no-científico, dogmático, estrecho y falso. Los individuos y los grupos recurren desesperados, según una apreciación de Bell, a una suerte de religión laica.

El nuevo método de comprensión de la historia está libre por completo de consideraciones ideológicas nos afirman, es producto de la serena "meditación científica"; y por si resulta demasiado "frío y objetivo", John Galbraith nos propone una adecuación de lo anterior que, además de "científico", toma en cuenta las motivaciones de los individuos.

Según este planteamiento, en las sociedades posindustriales los apremios sociales han disminuido; las diferencias antagónicas entre los grupos sociales se han transformado en apreciaciones

⁴ Edward Shills, *op. cit.*, p. 58.

Sistema social	Factor estratégico de producción	Motivación
Feudalismo	posesión de la tierra	compulsión física
Capitalismo clásico decimonónico	capitales	compensación pecuniaria compulsión por el hambre
Neo-capitalismo	información, inteligencia pedagógico-científica	identificación y adaptación

diversas, de las maneras como ha de dirigirse el desarrollo tecnológico que conduciría hacia esa "identificación-adaptación de los individuos".

Ahora, la sociedad adoptaría la más cercana semejanza al organismo social planteado por los padres del positivismo. Las tareas fundamentales de la sociedad se centrarían, según este esquema, en la capacidad administrativa y técnica del aparato institucional.

Arthur Schlesinger nos sentencia a reconocer que es el avance incontenible del progreso el que ha sepultado, para siempre, los intentos de los grupos a refugiarse en las ideologías. Asistimos al fin de las ideologías, su capacidad para persuadir, su poder motivador está derrotado. Schlesinger nos advierte: "El mundo ha dejado atrás las ideologías anticuadas, para pasar a una estrategia mucho más sutil y flexible."⁵

Esta estrategia "sutil y flexible" escapa en la actualidad a las fronteras nacionales. Los teóricos del "fin de las ideologías" reconocen que durante el capitalismo decimonónico el consumismo presentó una alternativa coherente, pero esa alternativa estaba motivada por "la compulsión y por el hambre". Sin embargo en la actualidad apuntan los teóricos de la desideologización, hasta en los países socialistas es notable la disminución de la actividad ideológica. Las preocupaciones derivadas de la industrialización han terminado por relegar a la ideología a un segundo plano, para levantar a la ciencia y principalmente a la tecnología a la preocupación fundamental.

Zbigniew Brzezinski se encarga de valorar el aporte del marxismo en las etapas históricas anteriores:

El marxismo, nacido de la conmoción social que fue, a su vez, producto de los efectos combinados de las revoluciones industrial y nacionalistas, suministró una singular herramien-

⁵ Arthur Schlesinger, *Paths of American Thought*, Boston, Editions Arthur Schlesinger Jr. and Morton White, 1963, p. 292.

ta intelectual para entender y dominar las fuerzas de nuestra época. Como resultado de una etapa particularmente traumática de la historia del hombre y como respuesta a ella, proporcionó **la mejor comprensión de la realidad contemporánea**, que sirvió de base para lanzar un ataque sostenido contra las instituciones pre-industriales anticuadas y levantó la bandera del internacionalismo en una época cada vez más dominada por los odios nacionales.⁶

No cabe duda que la estrategia propuesta es “sutil”. Al leer estas afirmaciones pareciera que todo el periodo de la guerra fría quedó definitivamente atrás, pareciera como si las antiguas definiciones del marxismo como doctrina pseudocientífica, plena de fanatismo ideológico, hubiesen quedado para los archivos de la ciencia política norteamericana, junto a la época del maccarthismo y su cacería de brujas. Es un hecho que esta sutil estrategia tiene su origen en la distensión; después de todo la existencia de la Unión Soviética y todo un campo de países socialistas es una verdad irreversible. De lo que se trata en la actualidad es de desestimar toda una línea de pensamiento científico, una comprensión científica de la historia, para evitar la propagación del mal ya constatado.

A principios de 1967 el **New York Times**, en uno de sus editoriales, afirmaba:

Los mediados del siglo han quedado atrás, pero su problema del nuevo año y de los subsiguientes consiste en resolver las cuestiones anteriores y en abordar las nuevas. Y esto no es el conflicto entre Este y Oeste, sino entre Norte rico y Sur pobre.

Los teóricos del “fin de las ideologías” “levantan la cortina de hierro”, y enseñan un panorama de armónica convergencia entre sistemas industriales, que enfrentan problemas comunes, los cuales requieren de los auxilios de la ciencia y de la tecnología.

Todo se reduciría, entonces, a un problema tecnológico y en último término científico. La ideología y su mecanismo de reducción simplista a imágenes y slogans ya no tendría cabida al interior del progreso de la humanidad. El desarrollo, el progreso y, en último término, el cambio sería ahora cuestión de ciencia y tecnología. Al respecto nos aclara Brzezinski:

El impacto de la ciencia y la tecnología sobre el hombre y su sociedad, especialmente en los países más avanzados del

⁶ Zbigniew Brzezinski, **La era tecnocrática**, México, Editorial Paidós, Serie Mundo Moderno, volumen 69, 1973, p. 199. Las negritas son nuestras.

mundo, se está convirtiendo en la principal fuente del cambio contemporáneo. Los últimos años han asistido a una proliferación de libros emocionantes y estimulantes (ya nos referiremos más adelante a la emoción que nos provocan dichos libros). En Estados Unidos, Europa Occidental y, en menor medida, en Japón y la Unión Soviética, se han hecho muchos esfuerzos sistemáticos, eruditos, encaminados a proyectar y entender lo que nos reserva el futuro.⁷

Los teóricos del “fin de las ideologías” han desembocado en el punto nodal de su concepción: el reemplazo de la revolución social por la revolución científico-técnica. Con el advenimiento de la nueva era surge la sociedad tecnocrática, es decir, una sociedad configurada en lo cultural, lo psicológico, lo social y lo económico por la influencia de la tecnología y la electrónica, particularmente en el área de las computadoras y las comunicaciones; las necesidades de la revolución social han quedado obsoletas.

Es cierto –y así lo reconocen los teóricos del “fin de las ideologías”– que hay sociedades aún no preparadas para pasar automáticamente del mundo de la necesidad al mundo de la libertad, sociedades que se encuentran en etapas anteriores, de acuerdo a la nueva concepción de la historia (léase América Latina, Asia, África, etcétera). Estas sociedades subdesarrolladas, afirman, van a constituir una fuente de preocupación constante para los países que han arribado a la era tecnocrática.

La creciente anarquía del Tercer Mundo se complicaría, probablemente, con pasiones racistas y nacionalistas. En el mejor de los casos, esto crearía focos de desorden y caos; en el peor de los casos la inestabilidad del Tercer Mundo podría arrastrar a las naciones más desarrolladas a formas antagónicas de intervención.⁸

Sin embargo, nos dicen, la revolución técnico-científica crea las condiciones que hacen más viables las soluciones globales a las necesidades y al sufrimiento humano en general. La presencia de medios para cooperar intensifica el sentimiento de que existe la obligación a actuar globalmente. Por ejemplo –nos dice Brzezinski–,

los estudiantes extranjeros educados en las universidades norteamericanas han promovido una revolución de tipo

⁷ Zbigniew Brzezinski, *op. cit.*, p. 100.

⁸ *Ibid.*, p. 33.

organizativo e intelectual en la vida académica de sus países (...) Estados Unidos es el principal propagador global de la era tecnocrática. La sociedad norteamericana es la que más influye actualmente sobre todas las otras (...) En diversas etapas de la historia, distintas sociedades se desempeñaron como capitalizadoras del cambio, al estimular en otras la imitación y la adaptación. Lo que Atenas y Roma fueron en el pasado remoto para el mundo mediterráneo, o lo que fue China para la gran parte de Asia, Francia lo fue más recientemente para Europa.⁹

Esto no constituye sino una justificación histórica vergonzante del imperialismo, y no tendría particular importancia si estas palabras no hubiesen sido escritas por quien es actualmente uno de los responsables de la orientación e implementación de toda la política exterior norteamericana, el actual jefe del Consejo de Seguridad de los Estados Unidos: Zbigniew Brzezinski.¹⁰

Las bases ideológicas de la teoría del “fin de las ideologías”

Se ha intentado exponer las principales líneas teóricas que orientan la teoría del “fin de las ideologías”; trataremos de desarrollar a continuación la crítica a las bases ideológicas de esta teoría, no olvidando que la razón fundamental de su tratamiento en este artículo es demostrar la profunda influencia que ha tenido este planteamiento en el desarrollo de novísimas “ciencias” contemporáneas, que asumen la máxima pretensión de objetividad, manifestando un rechazo absoluto a toda contaminación ideológica.

Las confusiones del concepto ideología. Nada parece más atinado que el título que Ludovico Silva da al problema en uno de sus libros **La ideología o la comedia de las equivocaciones**.¹¹ Ciertamente, la historia del concepto ideología no parece de las más afortunadas. Desde sus orígenes se ha prestado a variedad de interpretaciones y multitud de significados que confunden y desorientan. No recorreremos aquí el largo camino seguido por el concepto, desde Destutt de Tracy en 1802 hasta nuestros días, cosa

⁹ Zbigniew Brzezinski, *ibid.*, p. 61.

¹⁰ Brzezinski escribe **La era tecnocrática** siendo investigador del Instituto sobre Investigaciones Comunistas de la Universidad de Columbia, posteriormente fue miembro de la Comisión Trilateral, organismo encargado de planificar las inversiones de las transnacionales y actualmente se desempeña como asesor de James Carter para asuntos de seguridad nacional y política internacional.

¹¹ Ludovico Silva, **Antimanual para uso de marxistas, marxólogos y marxianos**, Venezuela, Monte Ávila Editores, 1976.

que por lo demás está amplia y magistralmente desarrollada por Ludovico Silva en varios de sus libros. Lo que nos interesa aclarar aquí es la particular concepción de ideología manejada por los teóricos del “fin de las ideologías”.

Habrá que partir afirmando que la definición de ideología en los teóricos del “fin de las ideologías” es oscuro, confuso y muchas veces contradictorio. Veamos, por ejemplo, cómo define el concepto Edward Shills: “Dentro de las sociedades diferenciadas –nos dice– la ideología es una de las pautas de creencias cognitivas y morales acerca del hombre y la sociedad”.¹² Por su parte, Arthur Schlesinger afirma: “Por ideología entiendo un conjunto de dogmas sistematizados rígidamente, con cuya ayuda la gente intenta comprender el mundo y preservarlo o transformarlo.”¹³ Talcott Parsons, a su vez, define el concepto de ideología como “un sistema de creencias compartidas por los miembros de una colectividad”.¹⁴ Podríamos citar gran cantidad de definiciones sobre el concepto, pero la verdad es que, a pesar de sus diferencias, todas parecen coincidir en varios aspectos:

a) La ideología es una suerte de creencia que los individuos se forman **a priori**, acerca del hombre y la sociedad.

b) La ideología es un sistema de opiniones o creencias, que se fundamenta en un conjunto de valores adquiridos por los individuos o por los grupos, al margen del conocimiento científico.

c) La ideología tiene un carácter rígido y esquemático, no constituye un reflejo de la realidad, sino, por el contrario, la reproducción mecánica de un modelo.

d) La ideología y la ciencia constituyen dos mundos herméticamente separados entre sí, porque la primera se compone de afirmaciones evaluativas y normativas y la segunda de proposiciones afirmativas y fácticas.

Así entendidas las cosas, el “fin de las ideologías” estaba anunciado por el propio Marx mucho tiempo antes que los actuales profetas. ¿No constituye acaso su pensamiento un grito vigoroso contra toda la filosofía especulativa anterior, que pecaba de: a) subjetivismo; b) carácter utópico, y c) construcciones especulativas **a priori**?

La ideología, dice Engels, “es un proceso que el supuesto pensador cumple sin duda conscientemente, pero con una conciencia falsa”.¹⁵ Es decir, ideología es para Marx y Engels una

¹² Edward Shills, **Los intelectuales y el poder**, op. cit., p. 45.

¹³ Arthur Schlesinger, op. cit., p. 603.

¹⁴ Talcott Parsons, **El sistema social**, Madrid, Ediciones de la Revista de Occidente, 1966, p. 355.

¹⁵ Carta de Federico Engels a Franz Mehring, 14 de junio de 1893.

conciencia falsa, que no es capaz de captar o expresar la realidad de manera adecuada. El papel fundamental que cumple la ideología en toda sociedad en la que existen relaciones de explotación, es la de justificar y preservar la estructura social existente.

Ahora bien, si la realidad no es en todo caso lo que parece al buen sentido humano, "ese metafísico de la peor especie", como dice Engels, será justamente tarea del método científico, distinguir entre estructuras sociales y apariencias ideológicas. ¿Cómo explicarse, entonces, la utilización expresa de la diferencia hecha por Marx entre ciencia e ideología, para tratar de sepultar su pensamiento como ideológico?

La respuesta tiene que tomar necesariamente dos caminos:

1. La teoría del "fin de las ideologías" se basa en una absoluta incomprensión del concepto; en lo particular, de la utilización hecha por Marx, y/o

2. La teoría del "fin de las ideologías" no puede corresponder sino a un fin consciente de oponer mañosamente una serie de categorías inconexas al pensamiento de Marx, con la expresa finalidad de combatirlo. Como bien señala Ludovico Silva, "el fin de la Ideología no es sino una manera abreviada de decir: el fin del socialismo". Y en todo el intento los propios enterradores del concepto no hacen sino mostrar su cola de paja ideológica".¹⁶

La revolución científico-técnica y la nueva comprensión de la historia

La irrupción de la ciencia y la tecnología en todos los ámbitos de la vida diaria es un hecho incuestionable. Hay que reconocer que la técnica es un poderoso instrumento en el desarrollo de las actividades humanas; sin embargo hay que aceptar también que la técnica no es una entelequia que se realiza por sí sola. Es evidente que la técnica cumple funciones diferentes, de acuerdo a las formas de organización social de los hombres. En el sistema capitalista el progreso tecnológico es elemento fundamental en la acumulación del capital,¹⁷ lo que en la práctica contribuye a

¹⁶ Ludovico Silva, **Teoría y práctica de la ideología**, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1974, p. 118.

¹⁷ La constante innovación tecnológica es tan importante para el sistema capitalista que desde la década de los cuarentas ha sido arrebatada de la iniciativa de los inversionistas particulares, para ser realizada por el aparato militar. Actualmente existe tal dependencia entre las instituciones y los individuos que ejercen el poder militar, económico y político que se ha perdido la división entre la esfera de lo civil, de lo militar y de los intereses privados. Mandel dice al respecto: "En efecto, si examinamos con atención el origen del 99% de los cambios técnicos aplicados a la producción, comprobaremos que tiene un origen militar". (Ernest Mandel, **Introducción a la teoría económica marxista**, México, Editorial Era, 1964.)

aumentar las contradicciones entre el trabajo asalariado y el capital. En la sociedad en transición al socialismo –por el contrario– el desarrollo tecnológico es requisito básico para lograr el pleno desarrollo de las fuerzas productivas, que a su vez permitirá superar la separación abismal entre trabajo manual e intelectual.

No deja de ser cierto –por otra parte– que la revolución tecnológica tiene sus propias modalidades internas, las que se manifiestan en forma independiente de los sistemas sociales a los que sirven; pero el contexto social en el que se desenvuelve, es un elemento tan importante que termina por imponer sus orientaciones fundamentales, sus avances y retrocesos y finalmente los resultados concretos de la misma.

Plantear –como lo hace Brzezinski– que la revolución científico-técnica pueda, por su dinámica propia, lograr el salto del reino de la necesidad al reino de la libertad, no es otra cosa que plantearse la cuestión desde un punto de vista ideológico, parcial; en otras palabras, falso.

La nueva interpretación de la historia no persigue sino esconder las contradicciones más serias del capitalismo en su fase imperial. Pero para los defensores del fin de las ideologías el recurrir sistemáticamente a la deformación, a la falsedad y al engaño, termina por transformarse más que en la excepción, en la regla.

La existencia del imperialismo es un hecho incuestionable. Sus repercusiones son tales que ya no se pueden volver los ojos hacia otro lado. Los teóricos del “fin de las ideologías” ya no tratan de esquivar el concepto cargado de contenidos negativos, no sólo reconocen la existencia del imperialismo, sino tratan ahora de reivindicar su papel. La relación de Estados Unidos con el resto del mundo tiene claras connotaciones imperialistas –afirman–, pero la esencia de la nueva relación es por completo diferente a la tradicional estructura imperial. En efecto, la actual estructura imperialista no tiene la connotación negativa,¹⁸

la actual influencia norteamericana –nos dice Brzezinski– tiene una naturaleza porosa, casi invisible. Funciona mediante la interpretación de las instituciones económicas, la armonía cordial de los dirigentes y partidos políticos, los conceptos

¹⁸ Analizando de pasada la influencia “refinada” de los Estados Unidos en América Latina desde 1970 –época en la que el autor escribe su libro– se puede resumir: 1970, asesinato del general René Schneider, comandante en jefe del Ejército de Chile; 1971, apoyó al golpe de Estado que derroca al gobierno de Juan José Torres en Bolivia; 1973, organización, entrenamiento y financiamiento del golpe de Estado que derrocó al gobierno de Salvador Allende en Chile; 1974, operaciones de la CIA en Argentina, Birmania, Brasil, Colombia, Laos, Líbano, Vietnam, etcétera.

compartidos de los intelectuales refinados, la fusión de los intereses económicos.¹⁹

Se podría seguir criticando las bases y fundamentos ideológicos de la teoría del “fin de las ideologías”. Para los fines de este artículo basta con clarificar su carácter falso, mistificador y encubridor en relación a sus pretensiones científicas y fundamentalmente delimitar la influencia que ha tenido en la caracterización actual de las ciencias sociales.

Sin embargo es conveniente explicar el porqué del surgimiento de tales teorías y, lo que es más importante, explicar el motivo de su éxito en los medios académicos. La verdad es que, desde su origen, la cantidad de material sobre “desideologización” ha aumentado con una rapidez increíble. A mediados de la década de los sesentas era imposible encontrar en Occidente un libro importante sobre temas sociológicos generales, en el que no se tocara la cuestión del “fin de la ideología”.

Se podría terminar la cuestión, sin más esfuerzo, rotulando la exitosa teoría de “ideología anti-marxista” y saldríamos del paso sin demasiada dificultad. Pero la verdad es que el repentino éxito de novísimas teorías, se debe en gran medida a una actitud bastante generalizada al interior del pensamiento marxista, que pretende encerrar el marxismo en manuales, solucionar problemas con recetas y clasificar los asuntos nuevos con rótulos que al propio Marx hubieran indignado. No olvidemos que durante mucho tiempo los problemas del lenguaje fueron despachados, sin más trámite, por la crítica marxista como “filosofía del lenguaje”, principalmente después del librito de Stalin, **Sobre la lingüística**, hasta que en 1967 el filósofo polaco Adam Schaff se dedica con paciencia y acuciosidad a investigar la cuestión del lenguaje desde el punto de vista del marxismo.

En el caso de la teoría del “fin de las ideologías”, la crítica marxista se hace indispensable, por cuanto todo su cuerpo teórico está dirigido contra el marxismo. Pero, como acota acertadamente Adam Schaff, “ni la crítica más dura puede vulgarizar ni simplificar”,²⁰ y aquí se trata justamente de evitar esa actitud de realizar la concreción de la crítica sobre el más exacto conocimiento del objeto en cuestión.

¹⁹ Zbigniew Brzezinski. *op. cit.*

²⁰ Adam Schaff, **Ensayos sobre filosofía del lenguaje**, Barcelona, Editorial Ariel, 1973, p. 14.

La contradicción entre la conciencia y el interés de clase de la burguesía

Si se concluye que la teoría del “fin de las ideologías” tiene un marcado carácter ideológico, no se quiere decir con esto que sea un conjunto de elucubraciones elaboradas conscientemente, destinadas a combatir el pensamiento marxista. En rigor, aunque la cuestión algo tiene de eso, no se reduce a pensar que la ideología burguesa se limita a un cúmulo de mentiras más o menos hábilmente hilvanadas para que adopten la apariencia de teoría.

La ideología entendida como falsa conciencia no es otra cosa que la expresión en el plano de la conciencia de una posición social determinada, a partir de la cual no es posible un conocimiento verdadero. En otras palabras, la ideología es conciencia falsa, en tanto que conciencia parcial, conciencia que a pesar de ser real no puede captar la totalidad.

Al interior de la sociedad capitalista las únicas clases “puras”, es decir, aquellas clases que se basan exclusivamente en el desarrollo del proceso de producción, son la burguesía y el proletariado. En estricto rigor, las únicas clases capaces de formular un proyecto de organización para el conjunto de la sociedad son las antes mencionadas. Las otras capas sociales no inmersas directa y completamente en el proceso productivo presentan serias dificultades para la comprensión del funcionamiento de la sociedad en su conjunto.

Esto explica que no existan, hasta la fecha, proyectos políticos pequeño burgueses o campesinos (pequeños propietarios del agro) que se hayan plasmado en la realidad social sin la colaboración de las clases fundamentales: burguesía o proletariado. Como bien decía Marx, las capas medias recorren en reversa la marcha de la historia. La pequeña propiedad en sus diversas formas, o la producción artesanal, nada tiene que proponer al modo de producción capitalista. Como lo expresa genialmente Lukacs, “(...) dichas clases no intentan promover el desarrollo capitalista ni empujarle más allá de sí mismo, sino que aspiran, en el fondo, a anularlo y retrotraerse a estadios anteriores”.²¹

Esta situación social de las capas medias presionará duramente su interés de clase. No pudiendo ignorar la realidad de la lucha de clases, su carácter de transición les hará sentirse por encima del antagonismo de las clases motoras y esto se traducirá en que sus intereses expresados a nivel de la conciencia se conviertan “siempre e inevitablemente en forma puramente ideológicas”.

²¹ George Lukacs, **Historia y conciencia de clase**, México, Edit. Grijalbo, 1969, p. 65.

De acuerdo con esto, la burguesía y el proletariado serían las únicas clases capaces de captar la totalidad y escapar a las formas falsas de la conciencia. Sin embargo la conciencia y el interés de clase se encuentran también en contraposición en el caso de la burguesía, pero esta contradicción no es formal, sino dialéctica. Si en las clases en transición (capas medias) las diferentes posiciones en relación al aparato productivo, y los intereses que de esa posición se desprenden, impiden la formación de una conciencia de clase, no ideológica, no parcial, no falsa; en el caso de la burguesía, la cuestión es diferente.

Su ubicación en el aparato productivo permite y posibilita el desarrollo de una conciencia de clase no ideológica, sin embargo si esa conciencia se proyecta en dimensión histórica, la burguesía como clase presenciaria su propio fin. Al respecto, nos dice Lukacs: "Esta trágica situación de la burguesía se refleja históricamente en el hecho de que todavía no ha aplastado a su antecesor, el feudalismo, cuando ya aparece su nuevo enemigo, el proletariado."²²

Estas características imprimen a la contradicción entre el interés de clase y la conciencia de clase de la burguesía, un carácter dialéctico; en otras palabras, no es por incapacidad que la burguesía no pueda concebir las contradicciones del desarrollo social y político que impulsa. Si bien está inmersa en el proceso productivo, lo que permite la visión de la totalidad, las presiones de su interés de clase (el interés de mantenerse como clase dominante) imprimen a su conciencia un carácter parcial, falso, ideológico. En resumen, "la burguesía tendría que ser capaz de una conciencia (atribuible) de la totalidad del proceso de producción, pero los intereses que determinan su acción le impiden **dominar su orden de producción incluso teóricamente**".²³

Esta situación va a condicionar a la ciencia social burguesa, transformando su conocimiento en un conocimiento parcial. Sus descubrimientos y verdades pretenden ser presentados como universales, generales, absolutos, en representación —se podría decir— del conjunto de intereses de la sociedad. Es este condicionamiento el que va a generar una producción de conceptos "ideológicos", lo que no quiere decir que debemos desestimar la totalidad de la ciencia social burguesa. Al contrario, el descubrimiento de las particularidades de su propio funcionamiento, de su mecánica, de su estructura e incluso de sus propias contradicciones es una necesidad vital para la propia burguesía.

Esto se va a traducir en lo que Paul Baran ha llamado la

²² Lukacs, *op. cit.*, p. 67.

²³ Lukacs, *op. cit.*, p. 67. (Las negritas son nuestras).

contradicción entre la microrracionalidad y la macrolocura. La ciencia social burguesa va a desarrollar **in extenso** la racionalidad particular entre los fenómenos, impulsando el estudio de los hechos sociales en compartimentos estancos, pequeños, particulares, al interior de los cuales el instrumento metodológico va a procurar la máxima exactitud y objetividad, esto va a conformar lo que Baran llama la microrracionalidad. Pese a esta extrema acuciosidad en lo particular, la ciencia social burguesa va a rehuir sistemáticamente toda referencia a la totalidad social, que posibilita y condiciona el conocimiento. La referencia al conjunto de las relaciones sociales de producción, que son las que en último término determinan el carácter de lo social, constituyen una suerte de terreno minado para la ciencia social burguesa, lo que constituye, a juicio de Baran, una “macrolocura”.

Ahora bien, esta imposibilidad de captar la realidad en los marcos de una generalidad totalizadora tiene su explicación en la forma de manifestarse las relaciones capitalistas, que se muestran en la superficie como hechos aislados, como compartimentos fácticos, estancos, debido justamente al fenómeno de la cosificación, que hace aparecer las relaciones sociales como relaciones entre cosas.

Esta dificultad de estudiar la sociedad como un todo dinámico, complejo, con una constante interacción dialéctica entre sus partes, conduce a la elaboración de teorías como el fin de las ideologías, que en el fondo no son sino teorías ideológicas que se resisten a reconocer como tales.

Las particularidades de la “nuevas ciencias sociales”

Los planteamientos de la “ideología del fin de las ideologías” han influido notablemente al interior de las ciencias sociales, presionando por la búsqueda incansable de una pretendida objetividad, que permitirá a la ciencia social cumplir su papel en forma “neutral”, libre por completo de cualquier condicionamiento ideológico.

Si se hace una retrospectiva histórica, desde el punto de vista de la epistemología, esta búsqueda de la objetividad, imparcialidad o neutralidad no es algo nuevo. Ya a comienzos del siglo XIX el padre del positivismo, Augusto Comte, afirmaba con fuerza que el papel de la ciencia no es explicar, sino describir fenómenos:

Entiendo por física social la ciencia que tiene por objeto propio el estudio de los fenómenos sociales, considerados con el mismo espíritu que los fenómenos físicos, químicos y fisiológicos, es decir, sujetos a unas leyes naturales invaria-

bles cuyo descubrimiento constituye el fin especial de las investigaciones.²⁴

Posteriormente los aportes de E. Durkeim y fundamentalmente el de los neo-kantianos de la escuela de Baden (W. Windelband y H. Rickert) conducirán a una sobrevaloración del empirismo, levantando como bandera fundamental la necesidad básica de la neutralidad política e ideológica de las ciencias sociales. H. Rickert elabora toda una teoría, que conduce a afirmar que en las ciencias sociales, en general, y en la historia, en particular, es imposible cualquier generalización que implique valorización, lo que en palabras concretas significa la negación de la historia como ciencia que descubre las leyes del desarrollo social.²⁵

En la primera década del siglo XX los problemas del método en las ciencias sociales pasan a ocupar el primer plano en las preocupaciones filosóficas. Las investigaciones neo-kantianas habían concluido en la necesidad de una separación tajante entre ciencias de la naturaleza y ciencias sociales, y el prestigio de la Escuela de Baden imprimía a la cuestión un cierto carácter definitivo.

El pensamiento de Weber —el más brillante de los sociólogos burgueses— va a dar mayor consistencia al problema de la objetividad. Weber intenta erradicar de la ciencia todos los elementos que, a su juicio, son irracionales, a saber: los sistemas de valores, las concepciones del mundo y la política. En las ciencias sociales, por el hecho de ser al mismo tiempo “sujeto” y “objeto” de conocimiento, el problema de la objetividad adquiriría dimensiones más importantes. La intervención del investigador tendría en este caso mucha más importancia que en las ciencias de la naturaleza. A su juicio, era necesaria una distinción clara y definitiva entre los “juicios de hecho” y los “juicios de valor”. Mientras los primeros no relatan más que una relación entre fenómenos, los segundos —por el contrario— expresan en el fondo una toma de posición, un juicio positivo o negativo sobre cualquier acción humana.

Los valores como tales —plantea Weber— pueden ser objeto de estudio y explicación racional, pero no incluidos al interior de la

²⁴ Auguste Comte, *Considérations Philosophiques sur la Science et les Savants*, citado por Michel Lowy en *Dialéctica y revolución*, México, Siglo XXI, 1975, p. 182.

²⁵ El neo-kantismo constituyó, junto al positivismo y a la fenomenología, uno de los movimientos filosóficos más importantes de comienzos de siglo. Seguidores de Kant desarrollaron fundamentalmente problemas gnoseológicos y metodológicos. Constituyeron diferentes escuelas según la especificidad de los problemas que trataban. W. Windelband y H. Rickert pertenecieron a la Escuela de Baden, cuya preocupación principal se concentraba en el estudio de las ciencias de la historia y la cultura.

ciencia social. Es preciso deslindar con claridad los campos de la ciencia social y la política. El estudio de los valores escapa a la metodología de las ciencias sociales, en tanto que ciencias empíricas, pero pueden ser objeto de estudio por los políticos.

Los planteamientos de Weber son muy amplios y complejos como para desarrollarlos mínimamente en este artículo, lo que es un hecho es que van a servir de bases metodológicas a la actual corriente estructural funcionalista. Sólo que como bien dice un sociólogo español:

Su obra ha sido esquematizada, reducida a su papel de clásico cimiento enterrado de la ortodoxia funcionalista, magistralmente codificada por Talcott Parsons, sólo que el simple paso del tiempo ha revelado mayor consistencia en los cimientos que en el edificio teórico montado sobre ellos.²⁶

Lo concreto es que en la actualidad nos enfrentamos a un surgimiento incesante de “nuevas ciencias sociales”, que presentan objetos de estudio particulares y que mezclan como en un torbellino todos los nuevos y antiguos planteamientos: la “neutralidad valorativa”, “la objetividad”, “el fin de las ideologías”, “la revolución científico-técnica”, “la era tecnocrática”, etcétera. Todas estas nuevas ciencias constituyen –a juicio nuestro– campo fértil para la crítica. La particularidad de sus objetos, lo nuevo de sus idiomas instrumentales, sus pretensiones ascéticas en relación a toda ideología, sus métodos específicos, etcétera, deben ser analizados críticamente para saber a qué atenernos con respecto a sus nuevos descubrimientos y, sobre todo, para evaluar la pretensión casi generalizada de constituirse en los pilares sobre los que se construirá el futuro de la humanidad.

Las nuevas ciencias y el fantasma de la ideología

Compartimos con Brzezinski la opinión referente a que la irrupción de la ciencia ha constituido un hecho significativo en los últimos años. No compartimos la importancia y las posibilidades que él otorga al hecho en cuestión.

El investigador se enfrenta en la actualidad a un surgimiento continuo de nuevas ciencias, todas las cuales desarrollan particularidades específicas del conocimiento. Sus objetos de estudio son en extremo particulares y comparten en su totalidad un rechazo violento hacia toda forma de ideología. Constituyen, en el fondo, la reivindicación máxima de la “ciencia pura”, libre de valores, libre

²⁶ Carlos Moya, **Sociólogo y sociología**, México, siglo XXI, 1975, p. 118.

de connotaciones ideológicas, libre de cualquier condicionamiento social.

La cantidad de ciencias nuevas, que han surgido desde mediados de la década de los sesentas hasta la fecha, es realmente impresionante. Es probable que a este fenómeno se refiera un informe de la UNESCO, en el que se dice:

Al ritmo en que se difunde el saber, cuando un niño recién nacido hoy egrese de la universidad, la suma de conocimientos de la humanidad será cuatro veces más importante. Cuando ese niño tenga cincuenta años, el 97% de lo que sepa en ese momento habrá sido inventado después de su nacimiento.²⁷

A pesar de estos porcentajes tan abrumadores y no exentos de un gran optimismo futurista, nos permitimos pensar que el mundo del invento suele estar un tanto alejado de la ciencia social.

El hecho de tratarse de ciencias sociales, es decir, "humanas", implica desde el primer momento un carácter histórico; o sea, supone el conocimiento de los hechos humanos sucedidos anteriormente. El propio Marx se encargó en repetidas ocasiones de afirmar en forma categórica que muchos de los conceptos fundamentales de su pensamiento no fueron "creados" por él. El concepto de clase social tiene raíces que se remontan a los egipcios; el concepto de lucha de clases tampoco es una genial creación de la cabeza de Marx, por cuanto ya había sido planteado con anterioridad por el igualitarismo de Baubef. Cuestión diferente es que Marx haya ubicado el concepto de lucha de clases como categoría central de la comprensión de la historia, y en ese sentido obviamente hay un planteamiento original. Pero a esa síntesis que mucho tiene de "creador" no se le puede llamar invento, porque surge precisamente como producto del conocimiento exhaustivo de toda la cultura anterior, principalmente en el caso de Marx, de la filosofía clásica alemana, del socialismo francés y de la economía política inglesa. Por otra parte, ya hemos señalado que los pensamientos de Parsons, por ejemplo, o los de Robert Merton, tienen mucho que ver con el pensamiento de Weber y el de éste con el de los neokantianos y así sucesivamente.

Vistas así las cosas, es difícil aceptar el informe de la UNESCO, que afirma que dentro de cincuenta años el 97 por ciento del conocimiento será tan nuevo que vendrá en su totalidad de "inventos contemporáneos".

Como decíamos anteriormente, la cantidad de "nuevas ciencias"

²⁷ Citado por Roger Garaudy en **La Alternativa**, Buenos Aires, Argentina, Editorial Tiempo Nuevo, 1972, p. 17.

es abrumadora, por lo que en este artículo mencionaremos sólo algunas de ellas, para analizar en forma detenida la “ciencia de la comunicación”.

La crisología: ciencia que estudia las crisis en todos los aspectos de la vida humana. En sus orígenes la palabra **krisis** significó decisión, momento decisivo en la evolución de un proceso incierto que permite el diagnóstico. En nuestros días –nos dice Edgar Morin– crisis significa indecisión: “es el momento en que, al mismo tiempo que ocurre una perturbación, surgen las incertidumbres”.

(...) Cuando la crisis se limitaba al sector económico, se podía al menos reconocerla por ciertos caracteres cuantificables: disminución de la producción, del consumo, etcétera, aumento del número de desocupados, de quiebras, etcétera. Pero desde el momento en que comenzó a aplicársela a la cultura, a la civilización, a la humanidad, la noción de crisis ha perdido todo su contorno.²⁸

Es decir, la crisis ha alcanzado todos los aspectos de la vida humana, y no es posible concebir una organización –cualquiera que ésta sea– que no conduzca inevitablemente a una crisis. “No se puede concebir organización sin antagonismo, pero ese antagonismo lleva en sí, potencialmente, tarde o temprano, inevitablemente, la ruina y la desintegración del sistema”.²⁹

Es indudable que los planteamientos iniciales de la nueva ciencia son un tanto apocalípticos y de inmediato surge la duda de si el concepto de crisis, de destrucción, de ruina, son características inherentes de toda naturaleza humana. Es un hecho que la aceptación de este principio deja pocas posibilidades a las perspectivas del cambio y nos conduce a un problema bastante antiguo, el cual es el de las esencias; o en otras palabras, la cuestión de la inmutabilidad de la naturaleza humana. Si se afirma que toda organización humana lleva potencialmente el germen de la ruina y la destrucción, ¿no cabe pensar –de acuerdo a esto– que el problema recae finalmente en el hombre?

La cienciaología: “la cienciaología es diferente a cualquier otra organización de información o conocimiento que haya habido en la Tierra hasta ahora”, nos afirma L. Ron Hubbard,³⁰ con lo que nos enfrenta desde los inicios a un verdadero “invento”. Sin embargo el creador de la nueva ciencia no está ajeno al acontecer histórico y en ese sentido sus afirmaciones son tajantes:

²⁸ Edgar Morin, “Por una Crisología”, en **Cuadernos de Comunicación**, núm. 16, México, 1976.

²⁹ *Ibidem*, p. 16.

³⁰ Ron L. Hubbard, **Dianética**, México, Publicaciones Dianética, 1975, p. 5.

La historia del mundo es una historia de destrucción y más destrucción y más destrucción, en lo que a este planeta se refiere, con menos y menos destrucción hasta que actualmente podemos dar el gran golpe que acabaría con todo.³¹

Es de suponer que el autor haya realizado un exhaustivo estudio de todo el acontecer histórico anterior para hacer tal afirmación.

La nueva ciencia pretende “el estudio del conocimiento en el más amplio sentido de la palabra”, lo que no deja de ser una tarea agobiante, cuestión que no ha preocupado a los miles de seguidores que, según palabras del propio autor, aumentan de manera “fenomenal”:

La expansión de la Cienciología ha sido fenomenal –nos dice Hubbard–, está creciendo tan rápidamente que ya existen cuarenta organizaciones centrales y 800 centros alrededor del mundo.³²

La urbanística: el crecimiento inusitado de la población, la concentración de inmensos conglomerados humanos en las ciudades, la aparición de la miseria en cordones que rodean el progreso y que muestran la situación dramática de millones de seres humanos, han hecho necesario el desarrollo de una “ciudad moderna” que sea diseñada de manera tal, que desaparezcan esas huellas de la miseria y la explotación.

El hecho incuestionable que la población no se distribuya uniformemente sobre la tierra, que tienda a concentrarse cada vez más en determinados puntos, ha conducido a que la humanidad se incline en la actualidad a vivir en ciudades, fenómeno que se ha llamado urbanización y que ha transformado al arquitecto en un verdadero “organizador del trabajo social”.

El desarrollo de la urbanística como ciencia camina en forma paralela a la postulación del “fin de las ideologías”. Es cierto que la urbanística tiene amplios antecedentes anteriores, a los que reconoce y de los que se considera legítima heredera. Los aportes de Arturo Soria y Mata, en 1882, no son desconocidos por los actuales urbanistas. Más aún, sus afirmaciones han servido muy adecuadamente a los objetivos de la nueva ciencia. Soria estaba convencido en 1882 de que la raíz de todos los males del mundo estaba en la forma de las ciudades. Las intenciones del arquitecto español son evidentes desde el primer momento; es decir, evitar el desarrollo de la clase obrera y la implantación de una economía que le sea propia:

³¹ *Ibidem*, p. 87.

³² Ron L. Hubbard, *op. cit.*, p. 83.

La raíz (de los problemas) está en la forma de las ciudades. Ahí es preciso dar los golpes. Es menester que cada familia tenga su hogar completamente separado de los demás, un pedazo de terreno, por pequeño que sea, exclusivamente suyo, su parte de sol y de aire. **Vivan juntos el palacio del poderoso, adornado con magníficos jardines, y la cabaña del pobre provista de modesta corraliza y engalanada con útiles plantas y perfumadas flores; pero que no vivan superpuestas.**³³

Al arquitecto español le preocupa fundamentalmente lo que puede resultar de la "superposición" de las propiedades del rico y del pobre, lo que puede resultar de esa visión desnuda de la injusticia y la explotación.

La ciencia urbanística actual no ha olvidado tampoco los aportes del gran Camilo Sitte (1889), a quien preocupaba seriamente la irrupción de la clase obrera al centro de las ciudades. La ciudad moderna debía recoger el legado de las grandes ciudades antiguas: grandes plazas, zócalo, monumentos; ¿pero de qué podía servir todo esto con la aparición de personas que descuidan necesariamente su aspecto personal?

La mayor parte de los hombres tienen que dedicarse al trabajo, y allí la ciudad puede aparecer con su traje de diario. Pero algunas calles y plazas principales debieran ostentar ropajes de gala, para orgullo y alegría de sus moradores, despertar el sentimiento de la patria y la perenne formación; de elevados y nobles anhelos en la juventud, como acaecía en las ciudades antiguas, donde la multitud de calles laterales tampoco son de importancia artística.³⁴

La idea de que el mundo puede y debe ser transformado mediante las variaciones en el ambiente físico, va tomando cuerpo hasta culminar con los representantes actuales de la urbanística, como Le Corbusier, Gropius, Bruno Zevi y muchos otros.

Haciéndose eco del apocalipsis de las ideologías, los urbanistas contemporáneos van a plantear la sustitución de la revolución social por la revolución del diseño y la urbanización. Sus pretensiones van a competir con todos los "científicos de las nuevas ciencias": el papel del arquitecto será el "diseñar el mundo". Esta

³³ Arturo Soria y Mata, **El Progreso**, artículos periodísticos citados por Fernando Ramón en **La ideología urbanística**, México, Ed. UNAM, Escuela Nacional de Arquitectura, 1975, p. 19. (Las negritas son nuestras.)

³⁴ Camilo Sitte, **Construcción de ciudades según principios artísticos**, Barcelona, Editorial Canosa, 1926, p. 153.

difícil tarea deberá ser emprendida al margen de cualquiera posición política, deberá ser desarrollada "más allá de cualquier ideología"; de lo que se trata es de diseñar el futuro de toda la humanidad, y esa perspectiva está muy por encima de los postulados de cualquier ideología.

La ciencia de la comunicación

Un aspecto común que presentan las nuevas ciencias, y que comparte la ciencia de la comunicación, es la referencia difusa, oscura e imprecisa a sus orígenes. Cada uno de los problemas tratados por la nueva ciencia parecen haber existido desde siempre, formando parte de un continuo histórico que transcurre sin sobresaltos y en dirección unilineal. Si se quiere estudiar la historiéta, por ejemplo, la nueva ciencia ubica sus orígenes en los dibujos de las Cuevas de Altamira, o en los códices mexicas. Desde allí hasta el Pato Donald, Mickey o Tarzán se abre radiante la autopista de la historia. Los problemas de la comunicación han tenido siempre una dimensión universal; preocuparon a Aristóteles, nos dice David Berlo (prueba de ello son partes de su **Retórica**), preocuparon también a San Agustín y en la actualidad nos preocupan a todos. De tal manera que el problema de la comunicación ha estado presente, desde los orígenes mismos de la humanidad, en la vida social de los hombres. En principio, esta afirmación podría ser aceptada sin mayores dificultades, es obvio que de alguna u otra manera, desde la horda primitiva hasta nuestros días, han existido formas comunicacionales entre los hombres, pero la dificultad se presenta cuando tratamos de comprender la importancia de los problemas frente a cada etapa histórica. En otras palabras, cabría preguntarse, ¿es que los códices mexicas tuvieron la misma importancia que tienen las historietas en la actualidad? Cómo entender la significación de la particularidad al interior del proceso histórico universal.

El hecho de buscar antecedentes históricos tan remotos no tiene en sí nada de malo, más bien cumple un papel ilustrativo, elemento absolutamente necesario al interior de todo quehacer científico; los problemas surgen cuando esa búsqueda de lejanos antecedentes pretende postular que la comunicación constituye una estructura que se desarrolla en forma independiente del contexto socioeconómico que la rodea. Eso, en el fondo, no es sino enfocar el problema desde un punto de vista ideológico. Es aceptable postular la existencia de un continuo histórico, siempre y cuando se reconozca que el hecho histórico constituye una continuidad dentro de la discontinuidad y viceversa. Es evidente que los problemas y las soluciones que los hombres han intentado proponer no han sido

transmitidos por una suerte de “espíritu humano” estático, invariable y continuo.

Es un hecho que la historia camina a saltos, tiene avances y retrocesos, la idea de un camino sin baches hacia el “progreso” es cuando menos utópica. Pretender que la historia ha marchado invariablemente hacia el “progreso”, es una clara afirmación ideológica, parcial y encubridora.

Por otra parte, es imposible –como advierte Lucien Febvre– pretender a estas alturas que el hecho histórico sea una especie de cubo diminuto que siempre conserva la misma forma, idéntica para todo el mundo y para todas las épocas, y que con un gran muestrario de estos cubos se pueda construir el mosaico de la historia. La verdad es que no existen **hechos brutos** que permanezcan invariables esperando la llamada del científico. Es indudable que los hechos con los que se enfrenta toda ciencia llevan siempre el sello del sujeto, que selecciona materiales, otorga prioridades, señala relevancias, desestima particularidades irrelevantes, etcétera. Ahora bien, en el caso específico de la historia, este sujeto no es precisamente el individuo como tal, por cuanto es imposible desde la perspectiva individual obtener la visión de la totalidad.

La totalidad del objeto no puede ponerse más que cuando el sujeto que lo pone es él mismo una totalidad y, por lo tanto, para pensarse a sí mismo se ve obligado a pensar el objeto también como totalidad.³⁵

En la actualidad, y debido justamente a la polarización social que genera el sistema capitalista, es un hecho que son exclusivamente las clases las que pueden representar como sujeto este punto de vista de la totalidad, elemento del todo imprescindible para una adecuada comprensión de la historia.

De acuerdo con esto, en la sociedad moderna son los sujetos históricos (las clases) los que otorgan las prioridades, los que seleccionan las relevancias, los que desechan los materiales de la investigación social **de acuerdo a sus intereses de clase**.

La ciencia de la comunicación debe tener, por lo tanto, un origen histórico preciso y determinado y las razones de su impulso o sus pretensiones de constituirse como ciencia autónoma deben necesariamente responder a circunstancias históricas concretas. En otras palabras, el hecho de surgir de pronto como preocupación científica no puede deberse sino a determinados intereses sociales, o a particulares intereses de clase.

Habrà que dejar de lado lo interesante de los lejanos antecedentes históricos (el megáfono de los actores de la tragedia griega,

³⁵ Lukacs, *op. cit.*, p. 31.

como los antecedentes del moderno alto parlante; el sonido de los tambores indígenas, como el antecesor del telégrafo, etcétera) y preocuparse de determinar con claridad el surgimiento de la nueva ciencia.

Los fenómenos de la comunicación social empiezan a tener una importancia significativa a raíz del proceso de industrialización de los países centrales. La masificación de la sociedad, producto del proceso de industrialización, va a constituir el elemento determinante que elevará el estudio de los procesos comunicacionales a un plano significativo. Como bien apunta McQuail:

Es evidente que el vínculo existente entre el desarrollo de los medios masivos de comunicación y el cambio social no es una mera coincidencia temporal, si bien aún se desconoce el alcance y la dirección de esta relación.

Y más adelante:

Los medios masivos de comunicación constituyen una característica propia de la sociedad moderna, cuyo desarrollo ha sido paralelo al aumento de las dimensiones y la complejidad de la organización, el rápido cambio social, la innovación tecnológica, el incremento de los ingresos y la elevación de los niveles de vida y, finalmente, a la progresiva desaparición de algunas formas tradicionales de control y autoridad.³⁶

De tal manera que, según McQuail, el surgimiento y desarrollo los medios masivos de comunicación es producto de "la modernidad", una modernidad, a la que el autor no le pone nombre, que se nos presenta como producto del "progreso" de la sociedad en su conjunto. Nosotros creemos, por el contrario, que la masificación de la sociedad es, en general, un resultado directo del proceso de industrialización y, en particular, del paso de la acumulación capitalista basada en la obtención de plusvalía absoluta a la que se basa en la obtención de plusvalía relativa. El proceso de industrialización traía consigo la masificación de la producción y naturalmente, y como resultado lógico, la masificación del consumo. Son las necesidades de realización de la plusvalía, unida a las necesidades de dominación y control, las que van a requerir de la utilización de medios masivos de comunicación. Éstos no surgen como resultado fatal e ineluctable del curso de la historia, sino como respuesta a requerimientos urgentes de un tipo de desarrollo y de modernidad fácilmente identificable con nombres y apellidos: la sociedad capitalista.

³⁶ Denis McQuail, **Sociología de los medios masivos de comunicación**, Buenos Aires, Editorial Paidós, 1972, p. 13.

Las necesidades de realización de la plusvalía, que presuponían la masificación del consumo, requerían a su vez del estudio sistemático de formas de comunicación que orientaran a la sociedad masificada a consumir. Todo aquello que contribuyera a acortar el ciclo de circulación del capital, es considerado como fundamental. Mientras menos tiempo permanezcan las mercancías en el mostrador de la tienda, mayor será la productividad del capital.

Como bien dice Mattelart:

Las investigaciones relacionadas con los medios de comunicación de masas, es decir, lo que se ha dado en llamar **communication research**, se iniciaron en los Estados Unidos. Adolecieron desde su comienzo de un vicio de génesis. En efecto, dichas investigaciones surgieron principalmente como respuesta a una demanda de firmas comerciales publicitarias.³⁷

El problema del consumo no podía ser dejado al criterio del capitalista individual. Las experiencias de la depresión de los años treinta habían demostrado claramente al capitalismo la necesidad de terminar con el **laissez faire**, dejando al Estado la responsabilidad de la planificación económica. En la década de los cincuenta Vance Packard, en su clásico estudio sobre la propaganda, describía la situación que preocupaba a los inversionistas norteamericanos:

Los especialistas en ventas sufrían repetidas pérdidas graves en campañas que según todas las leyes de la lógica deberían haber tenido éxito, por lo que comenzaron a experimentar creciente insatisfacción por los métodos convencionales de conquistar el mercado.³⁸

Las inquietudes sobre problemas de la comunicación y sus medios surgieron como producto de circunstancias económicas y sociales bien concretas. El hecho que hayan sido las preocupaciones del mercado capitalista (principalmente el problema de las crisis), el que haya impulsado las nuevas investigaciones, va a tener una indudable repercusión sobre el desarrollo mismo de la futura ciencia de la comunicación. Es un hecho indiscutible que la situación histórico-social y el método de investigación, son coordinadas que están dialécticamente relacionadas.

³⁷ Armand Mattelart, y otros, **Los medios de comunicación de masas**, Argentina, El Cid Editor, 1976, p. 11.

³⁸ Vance Packard, **Las formas ocultas de la propaganda**, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1975, p. 19.

Sólo podrá ser científico un método que, surgido de una situación histórica determinada, sea capaz de verificar sus conclusiones en una práctica social acorde a las proposiciones histórico-políticas en las que pretende inscribirlas.

El fantasma de las crisis, conjurado durante los años cuarentas, reapareció con fuerza apenas finalizada la Segunda Guerra Mundial (1946), para transformarse en preocupación fundamental de la economía imperialista. La responsabilidad de administrar un imperio, por otra parte, y la indiscutible utilidad que demostraban los medios masivos para difundir la ideología dominante, hicieron que la nueva ciencia de la comunicación emprendiera el camino con las herramientas que el empirismo y el funcionalismo habían desarrollado para la ciencia social en general.

Como el análisis funcional se plantea explicar los hechos sociales por su función, por la forma como se relacionan y por la forma en la que se integran a la cultura, es lógico que los medios de comunicación masiva tuvieran asignados una "función" al interior del organismo social.

Según Charles Wright estas "funciones" serían las siguientes:

a) **La supervisión:** corresponde a la actividad de recolectar y distribuir los datos informativos sobre sucesos acaecidos;

b) **La correlación social:** le concierne la interpretación de las informaciones y la prescripción de la manera de reaccionar: es el dominio del editorial;

c) **La transmisión del patrimonio cultural:** realiza, por medio de la comunicación y la información, la transferencia de los valores y de las normas sociales de una generación a otra. Esta actividad cubre el área educativa;

d) **El entrenamiento:** es el campo de las diversiones.

De acuerdo a las funciones previstas para los medios de comunicación masiva, la nueva ciencia debía desarrollar su universo teórico. Y es así que cada una de estas funciones se van a expresar teóricamente en una serie de teorías.

En 1948 Norbert Wiener echa las bases de la "Teoría Cibernética", que se ocupará de los sistemas de control. Basado en la comunicación se analizarán los efectos de la transferencia de informaciones entre el sistema. La cibernética se ocupará de los complejos y establece sistemas dinámicos de dirección. Al año siguiente Shannon y Weaver desarrollarán los cimientos de la teoría de la información, la cual pretende estudiar la información como elemento constitutivo de la organización. Respondiendo a los requerimientos de la Bell Telephone Co., Shannon y Weaver construyen el primer modelo de la comunicación electrónica, que tendrá la pretensión de ser aplicable a todos los modos y sistemas de comunicación teóricamente posibles.

El universo teórico de la nueva ciencia se va a enriquecer con los aportes de la teoría de los juegos de V. Neuman y Morgestern; con la "teoría de los autómatas"; con la "teoría de las decisiones," etcétera, y una vez lograda cierta consistencia (al menos en número de escritos), las bases teóricas de la ciencia de la comunicación estarán echadas.

El crecimiento vertiginoso de la nueva ciencia, sobre las bases teóricas aún frescas, va a ser impresionante. Los centros de comunicación, información y de estudios sobre los medios masivos van a proliferar por todas partes del mundo. Durante la década de los sesentas la creación de revistas y publicaciones especializadas en el tema de la comunicación escapan a toda posible cuantificación. Junto a la nueva ciencia surge también un nuevo especialista: el comunicólogo.

A pesar de su juventud, la ciencia de la comunicación va a tener desde los inicios grandes pretensiones, como nos afirma Antonio Menéndez:

La comunicación es el marco teórico y práctico para investigar, planificar y realizar los procesos de la vida contemporánea: sociales, culturales, cívicos, económicos, políticos y militares. Nada sucede al margen de la comunicación social.³⁹

De acuerdo con esto, una ciencia que se dedique a estudiar la comunicación tiene por delante una tarea tan gigantesca que habría amedrentado, sin duda, a los más grandes filósofos del pasado. El propio Hegel habría retrocedido atemorizado ante tamaña responsabilidad.

Pero al parecer la vida contemporánea genera hombres que no se atemorizan ante ninguna tarea por gigantesca que parezca, y las ciencias de la comunicación tienen su titán: Marshall McLuhan. Nacido en Canadá, doctorado en literatura inglesa en Inglaterra, actualmente ejerce en los Estados Unidos, donde se ha convertido en toda una celebridad:

McLuhan es ya un personaje, una figura pública, que suscita controversias y polémicas. Sus discípulos lo siguen con ciego entusiasmo, hipnotizados por la novedad de su pensamiento, hechizados por su personalidad. Sus detractores se dedican a descubrir en sus escritos las contradicciones aparentes, las ambigüedades, las imprecisiones, y con maligno placer lo ridiculizan y rechazan en bloque su pensamiento.⁴⁰

³⁹ Antonio Menéndez, **Comunicación social y desarrollo**, México, UNAM, FCPS (Serie Estudios 24), 1977, p. 7.

⁴⁰ Naim Kattan, "Marshall McLuhan", **Análisis de Marshall McLuhan**, Argentina, Editorial Tiempo Contemporáneo, 1972, p. 9.

Nosotros pensamos al leer a Nain Kattan que es natural que quienes atacan a McLuhan sientan un “maligno placer”, después de todo no siempre se tiene la oportunidad de atacar a un “gigante”. Pero veamos qué nos propone este titán de las comunicaciones.

Marshall McLuhan ha publicado varias obras, siendo las más importantes: **The Gutenberg Galaxy** (1962) y **Understanding Media** (1964), las cuales se han convertido en verdaderos **best sellers**. A lo largo de su obra McLuhan va desarrollando una idea que ya habíamos visto en otros autores (John Galbraith, Servan Schreiver), consistente en el descubrimiento de un nuevo método de comprensión de la historia. Si Galbraith pretende comprender la historia con base en los avances del progreso tecnológico, McLuhan es más específico: la historia debe ser escrita con base a la evolución de las técnicas de comunicación. El objetivo de McLuhan es –nada menos– escribir una historia general de las civilizaciones construidas con una extraña categoría tipológica binaria, donde son los **medios** los que delimitan las grandes fases históricas. Sin querer entrar en el enjambre categorial de McLuhan, donde se entrecruzan los medios **hot** con los medios **cool**, lo importante para estos efectos es señalar que todo podría resumirse en la fórmula **the medium is the message**.

McLuhan dice que toda técnica es la extensión de una función humana, cuestión por lo demás bastante aceptada y desarrollada en profundidad ya en 1876 por F. Engels en su artículo “El Papel del Trabajo en la Transformación del Mono en Hombre”; la originalidad de McLuhan está en afirmar que “el medio es el mensaje”, con lo cual la cuestión no sólo se complica, sino que se desvirtúa por completo del enfoque original.

Si “el medio es el mensaje” ya no interesa la función particular que éstos han tenido en diferentes etapas de la historia en relación a los contenidos difundidos. Esto conduce a una sobrevaloración del papel de los medios, cuestión que McLuhan lleva a sus extremos afirmando que la historia debería dividirse en tres etapas:

- a) Una edad tribal, donde se desarrolla la comunicación oral y en la que los sentidos se relacionan armoniosamente;
- b) Una edad de la cultura alfabética, que va a culminar con la imprenta;
- c) La era electrónica en la que la televisión conduce a la sociedad a un regreso al “tribalismo”.

Estos planteamientos mcluhianos caben como anillo al dedo a los teóricos del “fin de las ideologías”. Si cada técnica crea y desarrolla un ambiente a su alrededor, los problemas del futuro no serán sino tecnológicos.

Henos aquí enfrentados a una proposición que, proveniente de otro ángulo, postula lo mismo que los "desideologizadores" antes mencionados: sustituir la revolución social por la revolución tecnológica.

Ahora bien, si el problema del futuro se limita a un problema tecnológico (ya analizamos anteriormente las tesis de la "convergencia", que nos presenta al mundo contemporáneo confluyendo "armónicamente entre diferentes sistemas industriales"), si, como afirma McLuhan, "cada nueva técnica crea un ambiente", habría que preguntarse ¿cómo podrían apropiarse de los adelantos tecnológicos los países periféricos? ¿Qué camino deberán seguir aquellos países que se mantienen aún en el "reino de la necesidad" para tener acceso a una nueva tecnología que permita generar un "ambiente" menos inhumano, menos bárbaro, menos injusto? ¿Cuánto tendrán que esperar nuestros países para que arriben a esta era tecnotrónica de la que nos habla Brzezinski?

Al parecer las urgencias históricas no preocupan a McLuhan, que sumergido en un optimismo mesiánico espera que la era electrónica "haga del mundo una sola conciencia colectiva", conciencia que por supuesto deberá desarrollarse al margen de toda ideología. Jean Baudrillard hace añicos ese optimismo mcluhiano cuando afirma:

Una vez más si su visión es tan resueltamente optimista, es porque su formación descansa en un idealismo tecnológico que le hace ignorar como anacrónicas, detrás de las revoluciones infraestructurales de los medios, todas las convulsiones históricas, las ideologías, la persistencia (e incluso el recrudescimiento) de los imperialismos políticos, los nacionalismos, los feudalismos burocráticos, etcétera, en una era de **comunicación y participación acelerada**.⁴¹

Es indudable que la obra de McLuhan requiere de un análisis detallado y profundo, si bien no tanto por su consistencia interna como por lo que menciona Naim Kattan, en relación al ciego entusiasmo de sus seguidores. De alguna u otra manera estos análisis ya han sido realizados, y lo que nos interesa aquí es aclarar que la obra de McLuhan carece de una dimensión histórica adecuada, cuestión que comparte plenamente con los autores que pretenden desarrollar una ciencia de la comunicación.

Habrá que aceptar que una interpretación errónea de la historia adquiere particular importancia en una ciencia que otorga a la

⁴¹ Jean Baudrillard, "Understanding Media", en la revista *L'Homme et la Société*, París, julio, 1967, p. 37.

comunicación el papel fundamental en el desarrollo de toda organización social. Si se afirma –como lo hace Antonio Menéndez– que “el grado de desarrollo de una sociedad, entidad, empresa y/o individuo, puede medirse por su capacidad para comunicarse consigo mismo y con el mundo que lo rodea”,⁴² habrá que reconocer que comunicación e historia son elementos indisolublemente unidos.

Algunos podrán objetar que McLuhan no es –ni mucho menos– el teórico fundamental al interior de la ciencia de la comunicación y, en medida, eso es cierto; hay autores a quienes corresponde de manera mucho más completa ese papel, tales como: Paul Lazarsfeld, Harold Lasswell, Kurt Levin, David Berlo, Abraham Moles, Wilbur Schramm, Raymond Nixon, Karl Deustch, etcétera. Sin embargo es un hecho que Marshall McLuhan ha constituido un verdadero **boom** al interior de las investigaciones en problemas de la comunicación, y que la cantidad de noveles investigadores influidos por su pensamiento aumenta cada día.

Es innegable, por otra parte, que la visión fantástica, mitológica y supraestructural que McLuhan desarrolla de la historia, es compartida por muchos de los teóricos de la comunicación antes mencionados. El propio Wilbur Schramm, en su libro **La ciencia de la comunicación humana** (publicado en 1975), dice: “Cuando un país **decide industrializarse**,* incrementa su comunicación debido a que la gente debe estar informada y motivada.” Según esto, el proceso de industrialización es una cuestión de voluntad, de lo que se deduce que más de la mitad del planeta carece por completo de esa cualidad humana.

Este intento sistemático de rehuir todo determinante histórico es una particularidad muy generalizada en los teóricos de la ciencia de la comunicación. Es cierto que todo libro sobre problemas de la comunicación trae invariablemente un capítulo dedicado a los orígenes del fenómeno, donde se entregan con lujo de detalles las características del “anteojo de Galileo” como precursor histórico de la televisión, o la descripción de la imprenta de Gutenberg, o la definición del problema que da Aristóteles en su **Retórica**.

Pero esto no constituye sino un conjunto de antecedentes historiográficos que pueden contribuir a enriquecer el estudio del problema; de lo que se trata es de ubicar los procesos comunicacionales en la dimensión histórica que les corresponde; es decir, relacionar los problemas de la comunicación con las sociedades concretas, históricamente determinadas.

Es evidente que los problemas comunicacionales a que alude Aristóteles en su **Retórica** sólo pueden ser comprendidos al

⁴² Antonio Menéndez, *op. cit.*, p. 7.

* Las negritas son nuestras.

interior del modo de producción esclavista. Pretender construir un continuo histórico que desde los griegos avanza inexorablemente hasta nuestros días, no es otra cosa que transformar la historia en un mito. Wilbur Schramm, por ejemplo, se pregunta: ¿Qué hace la comunicación en la sociedad? Y desde los inicios equivoca el problema, porque no existe “una sociedad” o “la sociedad”; lo que debe interesar al investigador son las formas de sociedades concretas, espacio temporales, y no una forma abstracta de sociedad.

Si enfocamos la cuestión desde una perspectiva latinoamericana, será posible responder a la pregunta formulada por Schramm y llegar a conclusiones similares. ¿Será que existen diferencias de “matices” entre el imperialismo y sus colonias? ¿No será que los elementos sociales que permanecen en común, son minoritarios en relación con los que nos separan?

Los planteamientos de Wilbur Schramm nos recuerdan la vieja aspiración de constituir una “ciencia pura”, libre de condicionamientos sociales, que por simples adecuaciones metodológicas pretenda llegar a la verdad.

La gran angustia de los teóricos de la nueva ciencia es caer en juicios valorativos o ideológicos, que impidan el conocimiento objetivo y libre de “parcialidades”.

En enero de 1969 la CIESPAL publica **Proceso y efectos de la comunicación colectiva**, advirtiendo a sus lectores de América Latina que “Este libro constituye, sin duda alguna, un sustancioso aporte de los expertos norteamericanos para el diagnóstico y el análisis sistemático de los problemas de la comunicación colectiva”.⁴³

En el prefacio del citado libro, Wilbur Schramm nos aclara que éste tuvo:

su origen en la necesidad de la **Agencia de Información de los Estados Unidos*** de un volumen de materiales de fondo que pudiera usarse en la instrucción de algunos de los empleados nuevos de la agencia en el campo de la investigación y de la evaluación.⁴⁴

⁴³ Wilbur Schramm, **Procesos y efectos de la comunicación colectiva**, Quito, Ecuador, CIESPAL, 1959 (contraportada).

* La USIA (United States Information Agency) ha demostrado tener evidentes vinculaciones con la CIA. En sus objetivos declara: 1. Aclarar al mundo lo que significa la política de los Estados Unidos; 2. Buscar apoyo a esta política donde se pueda obtener, y 3. Disminuir la oposición donde no sea posible obtener apoyo. De acuerdo con el Informe Curch, la CIA está autorizada por el Comité de los 40 para realizar, fuera de los Estados Unidos, campañas de propaganda encubierta a través de una amplia red compuesta por periódicos, radioemisoras y agencias de noticias.

⁴⁴ Wilbur Schramm, *op. cit.*, p. 1.

Pero observemos la magnitud de la “objetividad e imparcialidad” con que Wilbur Schramm emprende la tarea que la **Agencia** le ha encomendado:

Ahora bien, evidentemente, el monopolio de la comunicación por el Estado, así como el control de los recursos y la organización de un Estado policial, están muy alejados de nuestro sistema. Y mientras nuestros medios de comunicación colectiva se les permita la libre crítica e información y mientras representen más de un punto de vista político, tenemos poco motivo para preocuparnos de ellos en el sentido político. **Pero aun cuando miremos con repugnancia a la manera como los comunistas usan la comunicación colectiva, sin embargo podemos estudiarla.**⁴⁵

Es un hecho que juicios como éstos no contribuyen demasiado a valorar la “pureza” de la nueva ciencia, reafirmando, sin embargo, nuestras tesis de que las preocupaciones científicas responden a determinados intereses sociales, en este caso los intereses del imperialismo norteamericano.

Ya en 1889 Rosa Luxemburg aclaraba esa pretensión de desarrollar una ciencia social neutra que se adecuara a todo tipo de realidades históricas:

Bernstein –dice Luxemburg– piensa que tuvo éxito en expresar la ciencia abstracta, general, humana, el liberalismo abstracto, la moralidad abstracta. Pero ya que la sociedad está en realidad compuesta de clases y estas clases tienen intereses, aspiraciones y concepciones diametralmente opuestas, una ciencia general, humana, en problemas sociales, un liberalismo abstracto, una moralidad abstracta, son en el presente ilusiones, utopía pura.⁴⁶

Ante la ausencia de un tratamiento histórico adecuado, los teóricos de la ciencia de la comunicación inundan sus investigaciones con datos que aparentemente expresan todos los aspectos de la vida social. Cuadros complejos que relacionan el tiraje de los periódicos con el número de avisos publicitarios, o el número de veces que se exhibe una película y los resultados de la taquilla, o el estudio detallado y minucioso de las horas que escucha el radio una dueña de casa, constituyen ejemplos de las preocupaciones de esta nueva ciencia. Ahora bien, es indudable que muchos de estos estudios reflejan en forma objetiva aspectos de la realidad, pero,

⁴⁵ *Ibidem*, p. 21.

Rosa Luxemburg, *¿Reforma o revolución?*, citado por Michel Lowy en *Dialéctica y revolución*, México, Edit. Siglo XXI, 1975, p. 76.

¿cómo realizar una conexión metódica coherente y sistemática con categorías históricas equivocadas?

Como bien dice Lukacs, "La falta de cientificidad de este método aparentemente tan científico consiste, pues, en que ignora y descuida el **carácter histórico** de los hechos que subyacen."⁴⁷

La búsqueda de una objetividad suprema, que permita la utilización "del método" a cualquier tipo de realidad, hace que se equivoque la interpretación de los hechos que tanto trabajo ha costado reunir, y esto simplemente porque:

los hechos, como productos del desarrollo histórico, no sólo se encuentran en constante transformación, sino que —precisamente en la estructura de su objetividad— son producto de una determinada época histórica: productos del capitalismo.⁴⁸

Queremos concluir señalando que al interior de los postulados de la moderna ciencia de la comunicación se reúnen interrelacionándose los tres aspectos fundamentales antes desarrollados: la repulsa a toda contaminación ideológica, la incansable búsqueda de la objetividad y la sobrevalorización de los adelantos tecnológicos.

No quisiéramos terminar este trabajo señalando que los problemas de la comunicación social no son susceptibles de ser estudiados por una ciencia de la comunicación, después de todo la necesidad del surgimiento de una nueva ciencia está determinada en última instancia por las urgencias de la práctica, y es un hecho innegable que el desarrollo de los medios de comunicación constituyen un problema de vital importancia en la actualidad, de lo que se trata simplemente es de señalar que el conocimiento de los hechos no es posible, como verdadero conocimiento de la realidad, más que en el "contexto" que articula los hechos individuales de la vida social en una **totalidad** como momentos del desarrollo social.

México, 1977

⁴⁷ Lukacs, *op. cit.*, p. 212.

⁴⁸ Lukacs, *op. cit.*, p. 213.